

Reina prefigurada en la dichosa Esther, por quien el pueblo halló gracia delante del Señor. Y ¿habrá de sufrirlo el príncipe de las tinieblas? Nunca; que el estigma impreso en su altiva frente por la castísima planta de María, es más poderoso que el fuego del infierno para hacer hervir la cólera de su pecho. “¡No será, grita con voz que hace estremecer al abismo: la Hija del hombre no alcanzará tal gloria: yo destruiré ese culto que el hombre estúpido comienza á tributar á mi enemiga!” Dice, y convocando á sus rabiosas legiones, ordénalas que vayan á esparcir por todo el mundo *la espuma de su confusión y de su ignominia*, como llama el apóstol San Júdas á los errores y herejías (1).

Desde entonces, hermanos míos, ¿quién puede contar las guerras implacables libradas por el odio de Satanás á la Inmaculada María y á su culto consolador? No será, por cierto, la ignorancia de este sacerdote que por vez primera ocupa la cátedra sagrada, la que desenvuelva en esta solemne ocasion á vuestros ojos el cuadro inmenso de los errores y apostasías de diez y nueve siglos; pero nos basta recordar que desde Cerinto y Ebion, hasta Renan y Strauss, desde Nestorio y Pelagio, y el Samosatenos, hasta Krausse y Augusto Compte, y Bain y toda esta caterva de positivistas y mantenedores del materialismo, todos los partidarios de Lucifer atacan en el fondo la Concepcion sin mancha de María. Porque este es el título para su divina Maternidad, y todo el plan incomparable en que ella estriba, viénese por tierra impugnando, como lo hacen esos herejes, la divinidad de Jesucristo, su Encarnacion, la caída primitiva, el orden sobrenatural y de la gracia, el libre albedrío, y todos los dogmas, en suma, cuya maravillosa unidad se pretende destruir. La Inmaculada será, pues, el objeto de las iras del protestantismo, como lo fué de los iconoclastas; del protestantismo, ese viento helado que azota ya los muros

(1) Jud. v 13.

de nuestros hogares y templos, para arrancar la dulce imagen de María de los altares que levantó la fe de nuestros mayores. La Inmaculada será tambien el objeto de las blasfemias de los apóstatas, de los desdenes de los incrédulos, de las burlas de los impíos, de los ultrajes de los profanadores, de los despojos de los sacrilegos! Será asimismo el objeto de la indiferencia de sus hijos y de las traiciones de muchos de sus amigos que la ofenden en lo más vivo, al ofender al hijo de sus entrañas virginales! Pero, hermanos míos, Satanás aun no puede entonar su himno de triunfo, porque la Vencedora dice tras cada combate: *Non gaudebit inimicus meus super me!* Y la fe de cien generaciones celebra agradecida, como nosotros hoy, tan grandes victorias exclamando por la voz de la Santa Iglesia: Alégrate, oh Virgen María, porque tú sólo has destruido en el mundo todas las herejías. *Gaude, Maria Virgo cunctas haereses sola interemisti in universo mundo* (1). Ved, pues, católicos, en esa gratitud imperecedera, en ese culto tiernísimo consagrado por todos los siglos y por todos los pueblos á la Concepcion sin mancha de la Madre de Dios, la prueba de que el género humano le debe su salvacion, pues que mil veces se hubiera visto defraudado en sus destinos, si esa polar Estrella no le guiara en el proceloso piélagos de los errores y herejías.

II

Ha tocado en triste herencia, hermanos míos, al siglo en que vivimos, el conjunto monstruoso de los principios de una revolucion que, teniendo por objeto el aniquila-

(1) Offici. B. M. Virg.

miento de todo orden y de toda justicia, ha llenado de terror al mundo, tratando de realizar sus criminales desvarios. Al ver este mar inmenso formado por todas las corrientes impuras de los siglos anteriores, diríase que se halla próximo el fin de los tiempos. Aquel impío grito lanzado por los deicidas á la faz de la augusta Víctima del Calvario: *No queremos que este reine sobre nosotros. Nolumus hunc regnare super nos* (1), es el grito de guerra de esa revolucion que, para más escarnecer á la humanidad, se ha dado el nombre de *filosofía*. ¡*Filosofía*..... Y formula sistemas que escandalizarían á las mismas edades que vivieron en las sombras de la muerte! ¡*Filosofía*!... y comenzando por negar á Dios que es principio y el Señor de las ciencias, recorre la vasta escala de las degradaciones, hasta colocar al hombre abajo de los brutos!

Destruídas las relaciones que determinan el orden religioso y el orden moral, ¿qué significan, hermanos míos, los derechos y deberes de que no pueden prescindir ni el individuo ni la sociedad, sin llegar á su destruccion? Pero ni el individuo ni la sociedad quieren ser destruidos; por su propia naturaleza buscan los elementos de la vida física, intelectual y moral. Por eso cuando el Verbo Divino levantó así á la humanidad del abismo en que la hundiera el pecado, anuncióse como *el camino, la verdad y la vida* (2). El mundo reconocido abrazó gustoso esa única salvadora filosofía, gérmen fecundo de todos los bienes que le habían sido arrebatados. Mas en tan preciosa reconquista, ¿cómo dar un solo paso sin el auxilio de la Inmaculada, en quien puso el Señor, para nosotros, por medio de la Encarnación del Verbo, la gracia del camino y de la verdad, las esperanzas todas de la vida y de la virtud? *In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis* (3).

(1) Luc., XIX 14,

(2) Joann., XIV, 6.

(3) Eccli., XXIV, 25.

Buscar la vida en la luz indeficiente que brota de la Cruz y civiliza y engrandece á las naciones es adorar al mismo tiempo á la Aurora divina que precedió al Sol de justicia. De aquí, católicos, las manifestaciones elocuentes de la conciencia universal de la humanidad en favor del tierno culto de la Inmaculada Concepcion. De aquí las ardorosas ansias con que los sabios y los ignorantes, los príncipes y los súbditos, los grandes señores y los humildes obreros, los pastores ilustres y las sumisas ovejas; en una palabra, todo el orbe católico esperaban escuchar en este punto la voz infalible de la Maestra de la verdad.

Cinco lustros hace hoy cabalmente, hermanos míos, que se vió cumplido el universal deseo. El Señor respondió á los clamores de su pueblo, llenando los votos de aquella ardiente fe que repetía las palabras del Profeta: *Domine opus tuum in medio annorum vivifica illud* (1). Despues del gran día en que se consumó la redencion del mundo, no sé, católicos, que haya otro más grandioso que aquel en que nuestro amadísimo Pio IX, de inmortal memoria, pudo exclamar: *Nuntio vobis gaudium magnum*. ¡Os anuncio un gran gozo (2): la revelacion divina de que María fué preservada de toda mancha desde el instante primero de su Concepcion! ¡Ah! ¡con qué santa envidia, católicos, al recordar esta maravilla, nos verán las generaciones venideras, á nosotros que podemos evanescernos de haber sido testigos de esa brillante glorificacion de María! *Nos audivimus vocem de coelo allatam!* (3) ¡Qué felicidad! y ¡qué momento tan solemne en la vida de la Iglesia!

El padre de la mentira creía dar el último golpe á las piadosas huestes de su enemiga. Para ello había reunido á todos los filósofos y herejes bajo la nueva bandera de

(1) Habae., III, 2.

(2) Luc., II, 10.

(3) S. Petr. Ep. II, c. I, v. 18.

un mentido progreso, en cuyos pliegues se leían estas desoladoras palabras: *Racionalismo, socialismo, ateísmo*. ¿Va á ser, pues, destruido el reinado social de Jesucristo? ¿Va á ser destronada ya la Reina purísima, y su culto va á ser sustituido con la adoración de la materia y la deificación del orgullo. ¡Delirios!..... Que el Señor suscita al Pontífice Rey más amado de la Santísima Señora, para que proclame la grandeza de su victoria! *Non gaudet inimicos meus super me!*

Desde entonces se han abierto más amplias esferas á la fe de los pueblos. En este particular reposan ya tranquilos en la inamovible roca de la verdad, en el juicio del doctor infalible y supremo Pastor de los cristianos. No ya fluctuando entre el oleaje de las controversias, ni temiendo que naufrague la dulce creencia, entrarán los hijos de Dios en la batalla con los enemigos de Cristo y de María.

Y ¡qué batalla tan cruel y universal, hermanos míos! Mientras el infernal espíritu pudo, por explicarme así, conservar la esperanza de alejar la sublime glorificación de la Inmaculada, ya que no le era dado impedir la; mientras que la muchedumbre de seducidos con los embelecados de una falsa ciencia y de un irrisorio progreso, le alentó en el pavoroso designio de trastornar por completo el sentido moral del individuo, de la familia y de la sociedad, su furia no llegó al extremo, ni se hizo tan formidablemente universal. Pero cuando la voz majestuosa del Vaticano, imponente, terrible como el rayo en medio de la tempestad, fué á herir la cabeza del dragón, sintió éste toda la fuerza de la planta virginal que lo atormenta desde hace diez y nueve siglos.

No es ya este ó el otro pueblo coligado con Satanás y alzado en armas contra el Redentor, el que le niega, le infama y le escarnece, negando, infamando y escarneciendo á su castísima Madre. Son muchos de los pueblos que por su Cruz se vieron salvos. Mil veces peores que el pueblo judío, reniegan de la luz que ya recibie-

ron y de los beneficios que les trajo: gritan desaforados: *¡No queremos que reine sobre nosotros!* y se vuelven ¡insensatos á unas tinieblas más espesas que las del viejo paganismo! En aquellas tinieblas aun solía de vez en cuando brillar un destello que indicaba no haberse perdido toda esperanza de salud; aun se temía á una divinidad cualquiera que fuese; y á pesar de su abyecta condición moral, decían los filósofos que era un deber combatir por la religión y por la patria: *Pro aris et focis certare*. Hoy la filosofía grita que Dios no existe; que la religión es el engendro del fanatismo y la superchería; que el hombre no se debe á sus semejantes sino á sí propio; que sus destinos, como su origen, son los inmundos irracionales; y que para gozar tranquilo de todas las concupiscencias; sin freno alguno, como soberano de cuanto existe, preciso es acabar con la vida social, rompiendo todas las relaciones! Indispensable será para ello adular todavía á los césares modernos, lisonjear sus pasiones para que den paso franco á las hordas que los han de hacer sus primeras víctimas; pero no ¡no importa! los tiranos preferibles de pronto al *Libertador* Jesucristo, y la hipocresía que hoy habla á nombre de la conciencia y del derecho, no tiene embarazo en confesar que su único soberano es el César. *Non habemus regem nisi Cesarem!* (1)

¿Puede concebir, hermanos míos, mayor trastorno en las ideas y mayor perversión en los sentimientos? Y sin embargo, estos son los caracteres de la guerra encendida por Satanás para vengarse del espléndido triunfo de la Inmaculada, cuyo grato recuerdo nos trae á sus plantas en este día! Si, este es el contagio que el soplo de la cólera infernal ha derramado hasta en el seno de nuestro siempre católico país. Este se ha mostrado en todo tiempo celoso de las glorias de la Virgen predestinada: la ha tributado las más tiernas manifestaciones de su amor, agradeciendo los beneficios que por ella nos han venido

(1) Joann., C. XIX, v. 15.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

y consagrando en la memoria de las generaciones aquella fe en su proteccion que hizo grandes á nuestros piadosos padres. Esa fe, hermanos míos, levantó aquí soberbios templos y ricos altares á la Inmaculada Concepcion; bajo su patrocinio puso la causa de los pobres indigenas conquistados; á su tutela confió la suerte de las cristianas familias que aquí se agruparon en torno de la Cruz; con su culto relacionó la felicidad de la vida social y política; y de él sacó los cantos de sus poetas, las inspiraciones de sus artistas, las obras de sus sábios, las palmas de sus guerreros, la sabiduría de sus legisladores, la rectitud de sus magistrados, la moralidad de sus súbditos, el aumento de sus riquezas y los bienes todos de la verdadera civilizacion. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (1).

¡Ah, hermanos míos muy amados! ¿Y es ese por ventura el risueño cuadro que hoy se presenta á nuestros ojos? No, por cierto; que el incansable enemigo de la Virgen sin mancha, por permission del Señor á quien han irritado nuestras maldades y la torpe indiferencia en que hemos caído, nos ha arrebatado aquellos bienes.

¡Creedme, hermanos míos! Si Lucifer se está gozando en nuestra próxima ruina, es porque nos apartamos de esa dulce Madre que nos alienta diciendo: *Non gaudebit inimicus meus super me!*

El se goza, en efecto, de ver la indevoción que reina en los hogares cubiertos un tiempo por las blancas alas de esa Paloma celestial, y donde todas nuestras familias recibían mil bendiciones invocándola y repasando sus virtudes. Se goza de ver que nos avergonzamos ya de llamarnos hijos de Jesucristo y de su tierna Madre, cuando nos hace enmudecer el respeto humano ante las blasfemias y ultrajes de los impíos. Se goza de ver en las escuelas sin Dios á esos pobres niños que ya no aprenden á rezar á la Inmaculada; á esos desdichados jóvenes, víctimas

(1) Sap., C. VII, v. 11.

prematuras del vicio y de la iredigion, que se rien de nuestras prácticas. Se goza de ver á nuestras clases acomodadas profanando los dias del Señor en espectáculos inmorales, y á nuestros proletarios dejando el templo por la taberna, y la voz de los ministros de Dios por las seducciones de falsos profetas que los exaltan con no se qué febriles sueños de mentida felicidad!..... Se goza..... pero, hermanos míos, ¿á qué atribularos en esta hermosa y alegre fiesta, de santos recuerdos y dulces esperanzas? El peligro está allí en verdad, y se propaga cual vasto incendio; pero ¿no está tambien con nosotros esa Reina Purísima, Vencedora de las herejías? Dispuesta se halla como en todo tiempo, á arrojar al fuego los escudos de sus enemigos: solo espera que nos decidamos á ser con fe y amor, con la palabra y con el ejemplo, sus verdaderos súbditos, sus decididos defensores. Seámoslo, hermanos míos, y vereis con qué ardimiento nos levantamos á repetir: *Non gaudebit inimicus meus super me!*

¡Oh dulcísima y misericordiosa María! ¡Espejo purísimo, no empañado con el hálito de la infernal serpiente! ¡Madre toda llena de gracia y de inefable ternura! ¡Si la voz de este indigno ministro del Santuario puede elevarse en él hasta tu régio trono, ¡ah! por tu singular pureza, escúchala, compasiva Señora! Tú lo sabes, Madre mía; á tus divinas é inmaculadas plantas traigo aquel voto que hizo mi corazón cuando tu Hijo sacrosanto se dignó llamarme á formar parte de su Tribu predilecta. Acógelo, pues él viene á juntarse con los de éstos tus fervorosos hijos que hoy saludan tu gloria é imploran rendidos tus bondades!

¡Brillantísimo lucero de nuestras esperanzas! Protege á la Iglesia que hoy te canta; sé de nuevo para el mundo el Iris de paz; salva á nuestro México que te ha sido siempre tan caro. Asiste con tu proteccion al celoso Pastor de esta Metrópoli, al empeñoso Levita de este templo, á las piadosas familias cuya munificencia da esplendor á esta santa fiesta, y á todos los sacerdotes que te aman y

te honran. Y al ver, oh Madre sin mancha, los esfuerzos que hacemos para conservar el culto que nuestros padres te tributaron, acuérdate que has dicho: *¡Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt!* Los que me ensalzan tendrán la vida eterna.—ASI SEA.

SERMON

DE LA

NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

PREDICADO POR EL

DR. D. JOAQUIN RIVERA

EL 8 DE SETIEMBRE DE 1854

EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO, DE GUADALAJARA,
EN LA FUNCION QUE HACE ANUALMENTE
LA CORPORACION DE ABOGADOS

Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam.

Yo nací de la mente del Altísimo primogénita antes de toda criatura.

Ecli., XXIV, 5.

Señores:

Hay un pensamiento feliz que ha descendido del cielo para consuelo de la humanidad; hay un pensamiento divino que conmueve todos los corazones hace diez y ocho siglos; hay una palabra de vida y de esperanza que se escucha en todas partes del uno al otro extremo del mundo. ¡María! Hé aquí la idea sublime que brotó de la mente del Altísimo como un rayo de luz para iluminar toda la tierra; como un pensamiento de paz para extinguir muchos odios; como un pensamiento de consuelo

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.